

DOS CIUDADES

Mientras recorro la lluvia
y oigo la melodía de noviembre
tamborileando con sus dedos grises
en el techo de mi paraguas
mi memoria pasea por la luz de otros cielos:
la palidez del hielo en las mañanas,
el frío azul,
los álamos de un río
y otra vida distinta
 —remota, no olvidada—
que arrebató el otoño,
semejante a estas hojas caídas
que el agua barre de las calles
y arrastra furiosamente
cuesta abajo.

A mi padre

Durante mucho tiempo
nos llevaste contigo de la mano,
enseñándonos lo que encontrábamos en nuestro viaje,
a orillas del camino.
Tú nos conducías por las calles de una ciudad que era mayor
que el mundo,
por los renglones de la cartilla en la que nos enseñabas a leer,
por los caminos del parque que llamábamos bosque,
por el ruido de un mercado bullicioso y a través de la luz de
tantos domingos
premiados con piruletas de color rojo.
Nos sostenías en brazos para que la arena de la playa
no nos devorase,
y abrías las puertas de los cuentos todas las noches.

Después,
mucho después,
fuimos nosotros los que te condujimos de la mano,
acompañando nuestro paso al tuyo,
conversando durante el camino.

Pero un día
te sentaste al borde del sendero
y nos dejaste solos proseguir nuestro viaje.

Tu mano
aún nos conduce en sueños.